

por más que no todas pusieran en ello el mismo celo. Inglaterra, desde los comienzos de la crisis, había proclamado en alta voz la inoportunidad de la candidatura Hohenzollern, y la declaración del 6 de julio había enfriado, pero no extinguido su buena voluntad. Lo que temía era el apresuramiento extremado que precipitaba los sucesos: «Si tuviéramos algún tiempo,» repetían los hombres de Estado británicos. En París y en Berlín las disposiciones de los gobiernos reclamaban un esfuerzo contrario: en la capital francesa, lo esencial había de ser contener la abundancia de palabras; en la prusiana, toda la habilidad había de consistir en vencer el propósito preconcebido del silencio. A ello se dedicaban al mismo tiempo, pero cada cual por su lado, lord Lyons y lord Loftus con éxito muy escaso: el Sr. de Gramont invocaba los preparativos militares que era imposible retardar más, y al reclamar que fuese retirada la candidatura lo hacía en tono tal de exigencia que aquella aspiración tan legítima tomaba un carácter de provocación; en cuanto al Sr. de Thile, había encontrado su fórmula, y considerándola sin duda buena, se atenía invariablemente á ella. Inglaterra, al verse así desairada, se dirigía á Madrid: si el gobierno del Regente abandonaba la combinación, el conflicto se desenlazaría por sí solo y, por consiguiente, allí parecían estar las mejores probabilidades de apaciguamiento (1).

Mucho menos favorables á Francia eran los sentimientos de Rusia. Cuando nuestro embajador, el general Fleury, refirió el incidente español al príncipe Gortchakof, éste no pudo resistir al rencoroso placer de citar algunos ejemplos recientes: «En época no muy lejana, dijo, otro príncipe Hohenzollern había sido llamado á reinar en Rumanía; Rusia protestó, mas sus protestas no hallaron eco.» Manifestó además el canciller, sin reprobar al parecer tal actitud, que sin duda Bismarck declinaría, en nombre de su país, toda responsabilidad por una empresa concertada entre el príncipe Leopoldo y el general Prim; y luego, mudando el asunto de la conversación, habló de las relaciones de Francia con Rusia: «Sería menester, dijo, que el gabinete de las Tullerías nos diera garantías de su espíritu conciliador en la cuestión de Oriente.» Ocupándose del tratado de 1856, el primer ministro se abstuvo de pedir su revisión, pero declaró (fueron sus propias palabras) que *Rusia lo soportaba con dolor*. ¿No encerraban estas palabras la indicación discreta del precio que el gabinete de San Petersburgo había de poner á sus favores? El general, después de haber visto al canciller, fué recibido en el campo de Krasnoe por el emperador, el cual convino en que el ofrecimiento del trono al príncipe Hohenzollern era ofensivo para Francia, y añadió que, según todas sus previsiones, la trama urdida por Prim no daría ningún resultado. Estas seguridades eran muy frívolas y este apoyo muy incierto; sin embargo, sípuse después que el zar había escrito al rey Guillermo aconsejándole moderación (2).

Si de Inglaterra ó de Rusia se pasaba á las poten-

(1) Despacho del conde Granville al Sr. Layard, 8 de julio. Despachos del Sr. Layard al conde Granville, 7 y 10 de julio.

(2) Despachos del general Fleury al duque de Gramont, 7, 9 y 11 de julio de 1870. — Despachos de sir A. Buchanam al conde Granville, 9 de julio de 1870.

cias amigas, como Italia y Austria, observábanse en ellas sentimientos muy complejos, en los que entraban las simpatías por nosotros, pero, sobre todo, los temores por sí mismas.

Italia, que se había engrandecido gracias á Francia y que todo se lo debía á ésta, en caso de conflicto difícilmente podría substraerse al deber del agradecimiento; y ante la inminente perspectiva de incurrir en el reproche de ingratitud ó de pagar su deuda con terribles riesgos, predicaba arduosamente la paz por miedo de verse englobada á pesar suyo en la guerra. Desde París, el Sr. Nigra enviaba continuos telegramas al señor Visconti Venosta, rogándole que obrara, y, sobre todo, que obrara pronto: «De lo contrario, decía, tendremos la guerra dentro de veinticuatro horas (3).» Los esfuerzos más eficaces habían de ser los que se intentaran en Madrid, y allí se multiplicaban las gestiones del gobierno de Florencia. Si España se había dirigido á los Hohenzollern había sido por no tener otro pretendiente al trono, de suerte que uno de los medios más sencillos y menos peligrosos de zanjar el conflicto había de ser sugerir al general Prim otro candidato; por esto Víctor Manuel, según se afirma, pensó desde aquel momento en resucitar la candidatura del duque de Aosta (4).

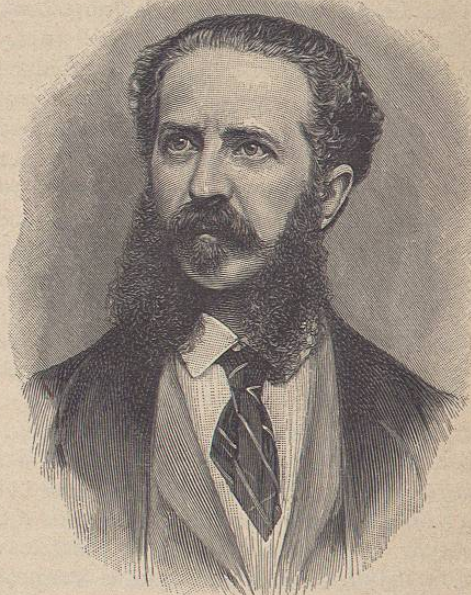
La misma política refinada prevalecía en Viena. El Austria había evitado los compromisos escritos, pero había pronunciado palabras muy comprometedoras, difíciles de negar. En cuanto tuvo noticia de la contienda, el Sr. de Beust preocupóse principalmente de conocer la situación en que se encontraba su país; y al recibir en 9 de julio á nuestro encargado de Negocios, el marqués de Cazaux, formuló hábiles quejas sobre la precipitación con que Francia había obrado: «Los primeros telegramas del Sr. de Metternich, dijo, permitían creer que el gabinete de las Tullerías, sólo esperaríamos una intervención pacífica, una mediación amistosa; pero en la actualidad ¿no está en contradicción esta línea de conducta con el discurso del duque de Gramont?» El ministro siguió acumulando las objeciones y revistiéndolas intencionadamente de una forma casi acerba: «Si Francia quería una acción común, hubiera debido prevenirnos de antemano; hemos de ir al lado de ella, pero no seguirla, pues así lo exige nuestra dignidad. No puedo aceptar á ciegas la tiranía de los hechos consumados... Ahí tengo, añadió el canciller señalando unos papeles clasificados en su mesa de trabajo, ahí tengo varios despachos del Sr. de Metternich, que dicen que se cuenta con nosotros, con nuestra alianza efectiva; pero sea cual sea mi inclinación á Francia, ¿se cree que yo puedo de repente, de improviso, avisar al emperador, á los ministros austriacos y húngaros, al país mismo, que vamos á entrar en una guerra? Si existiese tratado de alianza, esta cooperación se impondría; pero ya sabéis que este tratado no existe. Nuestra única obligación es no contraer ningún acuerdo separado con ninguna tercera potencia, y seremos fieles á nuestra promesa.» Después de haber negado de esta suerte toda ayuda material y de haberse mostrado gruñón á fin de poder ser más fácilmente egoísta, el Sr. de Beust intentó compensar la negativa de auxilio

(3) Nigra, *Ricordi diplomatici*, pág. 7.

(4) Massari, *La vita e il regno di Vittorio Emanuele II*, página 513.

XIV

La impaciencia del Sr. de Gramont no había de tolerar el silencio del Sr. de Thile ni de conformarse con la acción de las potencias, lentas en ponerse de acuerdo y más aún en obrar, y, por otra parte, regañonas y ya muy enfriadas. En concepto de nuestro ministro de Negocios extranjeros el peor de los males era esperar. Y puesto que la cuestión Hohenzollern no existía para el gobierno prusiano y que se trataba de un asunto de familia, no de un negocio de Estado, convenía plantear la contienda ante el rey en persona; á lo menos la cuestión, llevada á tales alturas, saldría del terreno equívoco



Visconti-Venosta

co en que se encontraba. Por esto en la noche del 7 al 8 de julio el Sr. Benedetti recibió orden de salir de Wildbad y de trasladarse á Ems.

El Sr. Benedetti estaba predestinado á las misiones difíciles. Ya en 1866, después de Sadowa, le hemos visto seguir de etapa en etapa al cuartel general prusiano con la esperanza de moderar al vencedor; pero ¡cuánto más trascendental era la misión de 1870! De las palabras que se pronunciaran dependería la tranquilidad de Francia y acaso el porvenir del mundo, y la negociación comenzaba á raíz de un manifiesto que parecía un primer acto de guerra, de manera que casi podía decirse que estaba comprometida antes de que empezara. El embajador habría de respetar la dignidad del monarca, atento á no precipitarse, y al propio tiempo los febriles ardores de su gobierno que apremiaba hasta el punto de contar las horas. Los ruidosos clamores que en Francia no cesaban y las cóleras profundas que se amasaban en Alemania habrían de engendrar un doble peligro; y el rango del soberano aumentaba las dificultades. Sería preciso mostrarse respetuoso al par que obstinado, descubrir los subterfugios aparentando no haberlos adivinado, y escudriñar las intenciones haciendo ver que nunca se desconfiaba de ellas; una palabra poco meditada, una exigencia mal formulada ó mal comprendida, bastarían para interesar el honor de

con la profusión de consejos, y entre todas sus observaciones la más singular fué la de organizar cruceros alrededor de la península hispánica y detener la escuadra que conduciría al príncipe Leopoldo á sus nuevos Estados. A primera vista esta combinación parecía dar un carácter cómico al drama que comenzaba; sin embargo, el ministro austriaco negó enérgicamente que hubiera en sus palabras el menor asomo de burla y aun calificó de muy sabio su plan: «Pensadlo bien, dijo; si Prusia tomaba el insulto por su cuenta, asumiría la responsabilidad de la agresión.»

El Sr. de Cazaux escuchaba silenciosamente aquel largo monólogo, y cuando al fin el Sr. de Beust se calló, no pudo disimular cierta decepción y dejó entender discretamente que en París se esperaba algo más del Austria: si sólo se trataba de dar sabios consejos y de interponer buenos oficios, el gabinete de Londres ofrecía unos y otros con liberal profusión. «Dejemos á un lado toda idea de guerra, siguió diciendo el Sr. de Cazaux, puesto que esta idea os es desagradable. Lo que Francia espera de Austria es que en sus recriminaciones á Berlín se vea bien que es parte moral y no simple mediadora: es cuestión de tono y de matiz; en la diplomacia se tiene la costumbre de leer entre líneas. Es, pues, preciso que el Sr. de Bismarck lea entre las líneas de vuestras comunicaciones que, en el caso de que Prusia persista, puede encontrarse con dos enemigos en vez de uno.» Pero si Francia tenía interés en comprometer al Austria, el Sr. de Beust había resuelto conservar su libertad de acción; así es que ni aquellas insinuaciones ni aquellos reproches indirectos le conmovieron, y con notable frialdad continuó actuando de crítico, papel que vuestras imprudencias hacían, por desgracia, sumamente fácil: «Lo reconozco, dijo; tenéis en la mano un buen juego; pero porque se tiene un buen juego, ¿es preciso tenderlo en seguida sin tomarse tiempo para mirar un poco el del adversario?.. Mirad, añadió con cierta familiaridad y aparentando un tono confidencial, vuestra franqueza me mueve á ser también franco. Ni el gobierno ni el emperador están dispuestos á comprometerse súbitamente en un asunto que ha nacido sin intervención alguna de parte nuestra, acerca del cual jamás hemos sido consultados y que el lenguaje de las Tullerías viene á agravar aún más.» Cuando la entrevista tocaba á su fin, el Sr. de Beust se dedicó á suavizar la descorazonadora claridad de aquella declaración, pues la misma prudencia que le aconsejaba no comprometer á su país, le inducía á no empujar al emperador Napoleón hacia Prusia y á no rechazar de antemano, para el caso de que nuestras armas resultaran triunfantes, los frutos de la victoria francesa. En los días anteriores había defendido cerca del Sr. de Thile la causa de la moderación; y ahora tuvo empeño en demostrar que el discurso del Sr. de Gramont, si bien le había desazonado profundamente, no destruía sus sentimientos amistosos, así es que después de haber declinado toda solidaridad con Francia, reivindicó, en vez de renunciar á él, el papel de abogado de la paz: «Os prometo, dijo á modo de conclusión, que acentuaremos nuestras gestiones en Berlín (1).»

(1) Correspondencia del marqués de Cazaux, encargado de Negocios de Francia en Viena.

la corona y para provocar un escándalo irreparable. El lugar mismo en que el rey se hallaba le facilitaría los medios de eludir toda negociación definitiva; pues podría, á su antojo, pretextar las horas de su tratamiento hidroterápico, alegar la necesidad de reposo, invocar la lentitud de los correos. Precisamente el príncipe Antonio estaba en Sigmaringen, y en cuanto al príncipe Leopoldo, cuya ausencia no pudo ser más oportuna para el monarca, encontrábase lejos de su casa, viajando á pie por el Sur de Baviera, según se creía, como excursionista ajeno á todo cuidado y que recibe los mensajes tardíamente. El alejamiento de su capital había de ser para Guillermo, más que una dificultad, un recurso precioso, ya que si le apremiaban demasiado se excusaría con sus ministros á fin de tomarse tiempo para reflexionar y de dar á sus propios consejeros espacio para esperar las faltas del adversario. Bismarck, desde lejos, espiaría los acontecimientos, excitaría las susceptibilidades de su soberano y permanecería dispuesto á hacer estallar el incendio cuyos materiales habría preparado. Todo había de ser un peligro, hasta la tranquilizadora amabilidad y la obsequiosa cortesía del rey, pues los que le conocían á fondo sabían que aquella igualdad de humor, en parte natural y en parte fingida, no se alteraba ni en las mayores crisis; era como la enseña falaz que había de prolongar la seguridad y de permitir á los servidores del monarca trabajar á cubierto hasta el momento en que todo se descubriera.

El Sr. Benedetti llegó á Ems á las once de la noche del día 8 de julio y se hospedó en el *Hotel de la ciudad de Bruselas*. Durante el viaje había encontrado en Coblenza á uno de los agregados del ministerio, el Sr. de Bourqueney, que tenía el encargo de entregarle las instrucciones del Sr. de Gramont; aquellas instrucciones, contenidas en un despacho oficial y en una carta particular, no eran muy á propósito para facilitar una de las negociaciones más difíciles que jamás se hayan presentado.

Y no porque el despacho oficial no fuese muy moderado, ya que si bien empezaba en términos ásperos, pronto se suavizaba y terminaba con la expresión de sentimientos benévolos, casi amistosos, hacia Prusia, á cuyo rey sólo se pedía, y aun con gran mesura, que aconsejase al príncipe de Hohenzollern que retirara su aceptación; pero, en cambio, en la carta particular estaba el verdadero pensamiento del ministro: «Sabemos, por confesión del propio príncipe, escribía el Sr. de Gramont, que ha combinado todo el negocio con el gobierno prusiano, y no podemos aceptar la respuesta evasiva del Sr. de Thile. Es preciso que obtengáis una contestación categórica, y la única que puede satisfacerlos es la siguiente: *El gobierno del rey no aprueba la aceptación del príncipe Hohenzollern y le ordena que vuelva sobre esta determinación adoptada sin su permiso*. Luego será preciso que me comunicéis si el príncipe, obedeciendo á esta intimación, renuncia oficial y públicamente á su candidatura.» El duque se dedicaba á poner en guardia al embajador contra todo equívoco, diciéndole que tal vez el rey fingiría indiferencia y se limitaría á decir que abandonaba al candidato á su suerte; pero este subterfugio lo rechazaba el Sr. de Gramont con todas sus fuerzas: «El gobierno del rey, decía, no puede desentenderse con simples palabras de

una situación que ha contribuido á crear.» El resto del despacho reflejaba los intemperantes entusiasmos que reinaban en París: «Tenemos mucha prisa, escribía el ministro, porque es preciso tomar la delantera en el caso de que la respuesta no sea satisfactoria, y comenzar desde el sábado los preparativos militares para entrar en campaña dentro de quince días.» Después de haber hablado de este modo, el Sr. de Gramont sugería al señor Benedetti algunos de los argumentos que podrían causar efecto en el rey: en varias ocasiones razones políticas habían hecho rechazar ciertas candidaturas regias; así el duque de Nemours había sido descartado del trono de Bélgica; así había el emperador desautorizado toda pretensión de los Murat sobre el trono de Nápoles; así había sido excluido del trono de Grecia todo príncipe de raza inglesa, francesa ó rusa. El documento terminaba en forma de *ultimátum*:

«Insisto sobre todo en la necesidad de no dejar ganar tiempo con respuestas evasivas; es preciso que sepamos si tenemos la paz ó si una *negativa* nos obliga á hacer la guerra.

»Si conseguís del rey que *revoque* la aceptación del príncipe de Hohenzollern, será un triunfo inmenso y un gran servicio; y el rey, por su parte, habrá asegurado la paz de Europa.

»De lo contrario, se enciende la guerra.

»En cuanto al príncipe, su reinado en España no durará ni un mes; en cambio la guerra provocada por esta intriga del Sr. de Bismarck, ¿cuánto durará y cuáles serán sus consecuencias?

»Así, pues, nada de ambages, nada de lentitudes. Jamás se ha dado misión más importante. ¡Ojalá que triunféis! Es mi más ardiente deseo.»

Cuando el Sr. Benedetti se hubo penetrado bien de estas instrucciones, quedóse sumamente perplejo. Era tan evidente nuestro derecho en la cuestión Hohenzollern que toda habilidad quedaba reducida á no echarlo á perder. La verdadera política consistía en reclamar el desistimiento con sosegada firmeza y en apoyar la reivindicación en la adhesión de las potencias; y en caso de lograr la renuncia, la prudencia aconsejaba que se tomara inmediatamente acta del resultado; que no se complicara una cuestión de honor con cuestiones de amor propio; que se aparentara no percatarse de los subterfugios más ó menos desdichados, bajo los cuales disimulase Prusia su fracaso. Pero el Sr. de Gramont, obsesionado por el recuerdo de Sadowa, ansioso de un desquite en pro de la influencia francesa, aspiraba á mucho más y no había de contentarse con resolver honrosamente el incidente, sino que había de buscar en él la ocasión de imponer á Prusia una retirada pública y al rey la mortificación de retractarse. Así pensaba el duque, comprometiendo el fondo para hacer más desagradable la forma y saboreando por anticipado una humillación diplomática, que sería el coronamiento del éxito. El discurso del 6 de julio había sido la manifestación de este patriotismo sincero, pero inoportuno; las instrucciones enviadas á Ems no eran sino la prolongación del mismo error.

Sin embargo, mientras el Sr. de Gramont, que no se había movido de París, se excitaba con la lectura de los periódicos en los que veía reproducidas sus propias pasiones, el Sr. Benedetti se hallaba en condiciones

muy distintas. Había éste salido de Berlín el día 1.º de julio, dejando la ciudad en calma y tranquilizado el mundo político, y después había vivido en la quieta atmósfera de Wildbad sin que ninguna influencia ambiente exaltara sus pensamientos. Pero aun en otra cosa ofrecían curioso contraste las respectivas situaciones del ministro y del diplomático: el Sr. de Gramont, educado en las más sanas tradiciones, había seguido con irritada consternación los progresos de Prusia; mas como su criterio no era tan seguro como sabía había sido su educación, aspiraba á utilizar cualquiera coyuntura, aunque fuese equívoca ó peligrosa, para reparar lo que le parecía rebajamiento para su patria, lo cual había de dar lugar á que de una concepción política muy exacta, pero aplicada poco juiciosamente, nacieran arranques muy funestos. El Sr. Benedetti, por el contrario, pertenecía á aquella escuela que consideraba las nuevas unidades, la de Italia y la de Alemania, como consecuencia de una evolución necesaria y en resumidas cuentas se inclinaba á una resignación casi satisfecha. Como había experimentado menos disgustos, sentía menos rencores, y la consecuencia de ello había de ser que, estando menos ofuscado por el reciente incidente, había de conservar mejor su sangre fría y de sacar buen partido de su propio error. No se necesitaba más que una mediana perspicacia para comprender que las instrucciones ministeriales, seguidas al pie de la letra, determinarían la guerra no en algunos días, sino en algunas horas; y el embajador instintivamente, sin ningún propósito de independencia, puesto que su temperamento era más bien el de un subordinado que el de un hombre de Estado, se sintió inclinado á traducir algo libremente las palabras que de su patria le llegaban. Esto había de originar entre el ministro y su agente una divergencia, pequeña en un principio, pero que se acentuaría después de aquellas jornadas famosas. Gramont, temerario y soberbio, había de alterar á fuerza de impetuosidad la bondad de su derecho; Benedetti, inaccesible á esas bellas, pero peligrosas arrogancias de hidalgo, había de preferir menguar algo el derecho en sí á correr el peligro de tener razón demasiado fastuosamente. Gramont perseguiría á todo trance la gran política, la que conduciría á las peores catástrofes si no la amnistiaba la victoria; Benedetti creería menos en la gloria y más en el poder prusiano: y á riesgo de quitar fuerza á los pensamientos de su jefe, se ingeniaría sobre todo para sacar á su patria de un mal paso.

El 9 de julio, á las tres de la tarde, el embajador fué recibido por el rey, quien, deseoso de que no le cogiera desprevenido, había enviado por la mañana al *Hotel de Bruselas* al Sr. Werther, y por la conversación que éste sostuvo con el Sr. Benedetti conocía ya los sentimientos del gobierno imperial. Informado de esta suerte, podía abordar sin peligro la entrevista. La acogida que el príncipe dispuso al embajador fué muy afectuosa; pero aquella amabilidad era demasiado habitual en él para ser muy significativa. El diplomático explicó la emoción que la candidatura Hohenzollern había provocado en Francia y no se olvidó de hacer notar que la opinión pública se había mostrado casi unánime para combatir una combinación funesta para la tranquilidad del mundo, añadiendo con acento muy persuasivo que el gobierno del emperador no tenía más deseo que

terminar de una manera honrosa el incidente. Después, apelando á la prudencia y al corazón del rey, conjuró al monarca á que evitara todas las complicaciones futuras disuadiendo al príncipe de aceptar la corona de España: «Esta resolución, añadió, restablecería inmediatamente la calma y sería acogida en todas partes con tanta gratitud como satisfacción.» El rey Guillermo, que había escuchado aquellas palabras sin interrumpirlas, confesó, con una franqueza que en aquellos momentos en que todo se descubría había perdido gran parte de su mérito, que no había ignorado las negociaciones seguidas en Madrid; pero acto seguido se dedicó á rebajar el carácter de su intervención, diciendo que su acción, puramente negativa, se había limitado á no poner obstáculos á la decisión del príncipe, que nada había aprobado y que se había concretado á no prohibir nada. Después de haberse expresado de esta manera, el monarca, en un colmo de sutileza, hizo ver su doble carácter: había en él dos personas distintas, el jefe de familia y el rey de Prusia; como jefe de familia, había dejado al príncipe Leopoldo la libertad de aceptar, pero de esta decisión de índole puramente privada no correspondía al gobierno de Prusia más responsabilidad que á cualquier otro gabinete europeo. Así habló con tranquila lógica el soberano, quien, en medio de su modo de ser caballeresco, tenía cosas propias de un picapleitos. Aquel lenguaje poco tranquilizador no era sino la continuación del equívoco que tan molesto había parecido en boca del Sr. de Thile. Permitted el Sr. Benedetti observar que aquella distinción no sería bien comprendida por el público, y el rey, que por la mañana había preparado sus argumentos, pasó á otros asuntos sin inmutarse en lo más mínimo. El soberano, que en más de una ocasión había afrontado los deseos de los pueblos, sintióse de pronto dominado por una solicitud infinita hacia la nación española: el gobierno del regente, dijo, era soberano, pues había sido reconocido por todas las potencias, y las conveniencias internacionales al par que la equidad vedaban toda presión, siendo las Cortes las únicas que, si no la consideraban buena, podían rechazar la candidatura. Y partiendo de este punto de vista, el rey no distaba mucho de declararse incompetente, en absoluto incompetente, y de indicar á Francia que acudiera en demanda de una satisfacción al otro lado de los Pirineos, en donde de seguro sería probable que la atendieran.

El Sr. Benedetti, que se había armado de paciencia, hizo observar respetuosamente al rey que si Prusia tenía escrúpulos en hacer pesar su influencia sobre los españoles, Francia sería mal mirada si no imitaba esta reserva, y añadió: «Damos, por el contrario, una prueba evidente de la sinceridad de nuestros sentimientos dirigiéndonos directamente á Vuestra Majestad y pidiéndole con entera confianza que interponga su autoridad omnipotente en una cuestión que de tan cerca nos toca y que no afecta al honor ni á los intereses de Prusia.» Este lenguaje, á la vez apremiante y respetuoso, hacía difícil la réplica, por lo que el rey apresuróse á plantear el debate en otro terreno y se lamentó de que el discurso del Sr. de Gramont hubiese dificultado en extremo aquella negociación directa á que se le invitaba: «No he de ocultaros, dijo, que el tono casi provocador de la declaración me ha impresionado profundamente.» En

tonces fué el Sr. Benedetti quien se sintió perplejo; y para explicar aquel documento esforzóse en atenuar los términos en que estaba concebido y alegó la necesidad de un lenguaje bastante acentuado en vista de la intensidad de la emoción pública. Antes de que la entrevista terminara, Guillermo repitió varias veces que se abstendría de interponer su autoridad para inducir al príncipe á retirar su aceptación; pero al mismo tiempo, esforzándose en suavizar todo lo que esta declaración tuviera de excesivamente perentorio, añadió: «Dejo en completa libertad al príncipe, y si le place renunciar á la empresa, no seré yo quien se lo desapruebe.» Dijo además el monarca que se había comunicado con el príncipe Antonio, el cual se hallaba en aquel momento en Sigmaringen; que le había interrogado acerca de sus intenciones y sobre las de su hijo, y que no les había ocultado la emoción de Francia: «Espero su respuesta, siguió diciendo, y sólo cuando la haya recibido podremos reanudar con provecho la conversación.» Benedetti, siempre bajo la presión de las instrucciones de su ministro, preocupábase sobre todo de ir de prisa, así es que se atrevió á preguntar al soberano cuándo llegarían aquellas noticias. «No tengo clave en Ems, respondió Guillermo, así es que no puedo utilizar el telégrafo; pero estad tranquilo, que no tardaré en recibir los informes suficientes.» Con estas palabras que lo reservaban todo sin comprometer nada, el rey dió por terminada la audiencia, y como si quisiera desvanecer todo lo que pudiera parecer indicio de tirantez ó sintoma de crisis, sentó cortésmente á su mesa al embajador.

El Sr. Benedetti, al regresar por la noche al *Hotel de Bruselas*, procuró relatar fielmente la memorable entrevista en una relación oficial y en una carta particular. En ambos documentos, escritos con demasiado apresuramiento para no ser sinceros, aparecen mezclados las alarmas, las esperanzas y también de un modo particular las excusas y los consejos. ¿Cuáles son las intenciones del rey? ¿Quiere, con el aplazamiento de su respuesta, dar tiempo al príncipe Leopoldo para que renuncie, manteniéndose él mismo en una rigurosa abstención? ¿Se propone, por el contrario, asegurarse el beneficio de las dilaciones ya sea para completar sus preparativos, ya para esperar á que el asunto se resuelva en España? El embajador permanece indeciso entre estas dos interpretaciones: la prudencia ordinaria del soberano puede hacer muy verosímil una solución pacífica; pero, por otra parte, sucesos recientes han demostrado la habilidad de Prusia para disimular sus designios hasta el momento de la acción. El Sr. Benedetti se siente dominado por un temor, el de que le tengan por servidor un poco demasiado frío de un jefe algo demasiado ardiente; y con sus explicaciones sale anticipadamente al encuentro de una censura que ya prevé. Aludiendo á la petición de un plazo dice: «De no haber deferido al deseo del rey, habríame expuesto á dar á entender que había venido á Ems sólo para provocar un rompimiento.» Y en su carta particular añade: «Espero que aprobaréis que no me haya mostrado más exigente y que no haya precipitado los sucesos.» ¿Son estas realmente excusas? ¿Y las excusas mismas no son el pretexto bajo el cual se ocultarán los consejos? Cuando Benedetti insiste en la «calma» que su misión exige, ¿quién no vería en este lenguaje una exhortación discreta para

que esta misma calma reinase en París? La propia sujeción se encuentra aún más claramente en una de las frases que siguen á aquéllas: «Sin duda opinaréis que es preciso poner de nuestra parte, en una justa medida, la moderación.» El diplomático francés habla varias veces de la irritación que ha provocado la declaración del 6 de julio y dice: «Respecto de esto, no he conseguido hacer variar del todo la opinión del rey.» En esta confesión del fracaso se indica de un modo claro cuánto siente el embajador el incidente y sobre todo se manifiesta el deseo de que, para bien de la paz, no se repita aquel suceso ruidoso.

Durante todo el día 9, el duque de Gramont había estado esperando noticias de Benedetti. El 10 por la mañana supo por telégrafo la primera entrevista de Ems, y el lenguaje del emperador aumentó su impaciencia en vez de calmarla. Dos ideas le dominaban, la de obrar de prisa y la de involucrar en la cuestión Hohenzollern á la persona del rey. Ahora bien, el rey aplazaba para una entrevista ulterior la respuesta definitiva, y además ponía tanto empeño en esconderse como Gramont en descubrirlo. Si la crisis terminaba de una manera pacífica, el desenlace vendría de Sigmaringen, no de Ems, en donde el rey había resuelto abstenerse, ni de Berlín, en donde el gobierno prusiano persistía en ignorarlo todo; y esta solución, todavía incierta y que reducía el máximo de éxito á una victoria conseguida sobre el príncipe Antonio y su hijo, no respondía al patriotismo excitado del duque, quien, menos atento al fondo que á la forma, consideraba mediocre el éxito mismo si el rey no destruía con sus manos y ostensiblemente su propia trama. De este modo se ahondaba el fatal desentimiento de amor propio entre Prusia, que tal vez cedería, pero con la condición de disimular hábilmente su retirada, y Francia, ávida no sólo de destruir el peligro, sino además de autenticar su victoria diplomática. La irritación, la febril impaciencia del ministro se reflejaron en el despacho que á primera hora de la tarde del 10 expidió al Sr. Benedetti: «Es preciso, le telegrafaba, que dediquéis todos vuestros esfuerzos á obtener una respuesta decisiva. No podemos esperar, so pena de que Prusia se nos anticipe en los preparativos. No puede terminar el día sin que nosotros empecemos.»

Aquel día 10, tan lleno de ansiedad para Gramont, había transcurrido sin incidente para el Sr. Benedetti, pues el rey no le había mandado llamar ni le había transmitido ninguna comunicación. Declinaba la tarde cuando llegó á Ems el telegrama que dejamos copiado. En París tendíase al rompimiento y podía darse el caso de que la guerra surgiera rápidamente de una explosión de impaciencia exasperada. El embajador comprendía que toda nueva insistencia, que todo paso imprudente había de ser juzgado por los que rodeaban al rey como una importunidad y convertirse en causa de catástrofe; y dominado por esta impresión, quiso acentuar más su papel de moderador. En dos despachos expedidos á las ocho y á las once de la noche atrevióse á deslizarse entre sus informaciones consejos muy apremiantes: «En mi concepto, telegrafaba, la guerra sería inevitable si comenzáramos ostensiblemente los preparativos militares.» Suplicaba además que no se leyese sus despachos en el Cuerpo legislativo, y exhortaba á su jefe á soportar una espera que no pasaría de unos días y aca-

so de unas horas, puesto que el rey había de recibirle al día siguiente. ¿Serían atendidas estas indicaciones? En la misma noche del 10 de julio, el Sr. de Gramont escribía una carta particular al Sr. Benedetti en la que le decía: «No podemos esperar más. Mientras el rey os entretiene á pretexto de ponerse de acuerdo con el príncipe de Hohenzollern, en Prusia son llamados á las filas los soldados con licencia y ganan sobre nosotros un tiempo precioso. De ninguna manera podemos dar hoy á nuestros adversarios las mismas ventajas que tan funestas fueron al Austria en 1866. Es preciso que seamos nosotros los que empecemos, y sólo esperamos vuestro despacho para concentrar á los 300.000 hombres que han de ser llamados á las armas. Encarecidamente os ruego que nos escribáis, que nos telegraféis algo perfectamente claro. Si el rey no quiere aconsejar al príncipe de Hohenzollern que renuncie, tendremos la guerra inmediata y dentro de algunos días estamos en el Rhin.» A la una de la madrugada, volvió el ministro á coger la pluma y confió al telégrafo un nuevo despacho: «No podéis figuraros hasta qué punto está exaltada la opinión pública; nos invade por todos lados y contamos las horas. Es absolutamente necesario insistir para lograr una respuesta del rey, negativa ó afirmativa: la necesitamos para mañana; pasado mañana sería demasiado tarde.»

En estas circunstancias amaneció en París el 11 de julio. Los hombres prudentes se veían reducidos cada vez más á la impotencia ante el empuje de los ignorantes y de los apasionados, quienes juntando sus clamores llevaban á todas partes sus comentarios, á la vez frívolos y furibundos; y á no fijarse más que en los alborotadores, tenía razón el Sr. de Gramont al decir lo que de la opinión pública decía. Los periódicos sembraban cóleras y luego, recogiendo estas mismas cóleras por ellos sembradas, se embriagaban con la propia borrachera por ellos producida. A pesar de la libertad de imprenta, el gobierno habría podido ejercer con éxito sobre muchos diarios una influencia moderadora; pero desde el momento en que en los primeros días, sea por arebato, sea por cálculo, había visto con complacencia los más lamentables excesos, había perdido el derecho de recomendar la circunspección, y en el caso de que más adelante pretendiera aconsejarla, había ya de serle imposible lograr su propósito. De madrugada celebróse en Saint-Cloud un consejo, en el que se discutieron los preparativos militares. Como la víspera había sido domingo y habían transcurrido por ende dos días desde la última sesión del Cuerpo legislativo, nadie dudaba de que en estas cuarenta y ocho horas habría recibido el gabinete comunicaciones importantes, y todo el mundo creía que los diputados iban á oír palabras decisivas. Entre doce y una del día, la multitud invadió las inmediaciones del Palacio Borbón; á las dos y media, el Sr. de Gramont entró en la Cámara, y en medio de una curiosidad ansiosa, subió á la tribuna. Pero la expectación quedó defraudada, porque el ministro se limitó á declarar que el gobierno esperaba la respuesta de la cual dependían sus resoluciones, añadiendo que confiaba poder muy pronto comunicar noticias á la Cámara, pero que por el momento se contentaran con estas informaciones incompletas. Después de estas palabras, reanudóse el orden del día,

es decir, la discusión de los presupuestos que nadie escuchó; y en el entretanto, los diputados de la extrema derecha lamentábanse en los pasillos de un retardo que era ya demasiado largo para su impaciencia. La declaración del 6 de julio había parecido el programa de una política tan sólida, que cualquier aplazamiento, aunque sólo fuera de unos días, tomaba, en concepto de los más excitados, un carácter de retirada ó de inercia.

Mientras esto ocurría en París, el Sr. Benedetti intentaba un nuevo esfuerzo cerca del rey: durante una hora empleó, según sus propias palabras, *todos los argumentos imaginables*: no ocultó al monarca ni la sobreexcitación del público francés, ni la efervescencia del Cuerpo legislativo, ni las alarmas de los políticos, é hizo ver al príncipe cuántos títulos adquiriría á la gratitud del mundo entero si, con una resolución magnánima, restablecía la confianza quebrantada. Guillermo, con gran calma, por lo menos aparente, reprodujo una por una las razones que había expuesto dos días antes: repitió que en aquel asunto sólo había intervenido como jefe de familia, no como rey; calificó de exageradas las inquietudes propaladas en París, llegando á afirmar que la elección no crearía ningún vínculo nuevo entre España y Prusia; hizo observar que no podía, sin mengua de su autoridad, prohibir aquello que había autorizado, y añadió que el príncipe Leopoldo y su padre eran dueños de sus resoluciones, y que él aprobaría el desistimiento, pero que era preciso esperar el correo de Sigmaringen: «Mañana, tal vez esta noche, tendré noticias, y entonces podremos reflexionar oportunamente.» El Sr. Benedetti insistió en la urgencia de una respuesta inmediata, por lo que Guillermo repuso con mayor aspereza: «En verdad diríase, en vista de vuestra insistencia, que tenéis el propósito de provocar un conflicto.» Y añadió luego, casi en tono de amenaza: «No ignoro los preparativos que se hacen en París y no he de ocultaros que también yo tomo mis precauciones para no ser sorprendido.» Pero aquello fué sólo un relámpago, y en seguida el rey procuró dulcificar la mala impresión que pudieran haber producido sus palabras: «La paz no se turbará, dijo, si en París quieren esperar á que yo esté en condiciones de contribuir á ella útilmente, dejándome el tiempo que necesito.» Y habiendo el Sr. Benedetti alegado nuevamente la impaciencia pública, el rey replicó, pero esta vez sin manifestar mal humor: «Telegrafad en mi nombre, sin perder un instante, que espero recibir esta noche ó mañana una comunicación del príncipe, que debe haberse reunido ya con su padre en Sigmaringen, y que entonces me apresuraré á daros una contestación definitiva.»

Al salir de la audiencia, el Sr. Benedetti escribió al Sr. de Gramont: «Si no me equivoco, lo que el rey quiere sobre todo evitar es asumir la responsabilidad de una retirada ó de una concesión mortificante para el sentimiento público de Alemania; á menos de que abrigue otros propósitos, su intención firme es rechazar esta responsabilidad y dejar que pese exclusivamente sobre el príncipe Antonio y sobre su hijo.» El Sr. Benedetti, al expresarse en estos términos, penetraba perfectamente los pensamientos del monarca. No, Guillermo no tomaría la iniciativa de ninguna prohibición que pareciera dictada por las reclamaciones de Francia, y antes que aparentar que cedía á una presión, y espe-